

¿QUÉ SOÑAMOS LAS MUJERES?

Por: Alicia E. Eguiluz de Antuñano

DESPUNTE.- Soñé que caminaba por una calle como las que hay en el Centro Histórico capitalino. Me detenía a observar unos trajes que en el aparador lucían muy bonitos, pues habían sido recreados en diseño y ejecución por expertas artesanas indígenas. El embellecimiento no había disminuido la esencia pues conservaban todos sus significados culturales anudados a una cosmovisión.

Entraba a las instalaciones del metro, bajaba las escaleras y al pie de éstas me salía al paso una mujer que me pedía ayuda para comprar comida pero al mismo tiempo, se ponía a urgir en mi bolsa de mandado, de esas hechas con tela de plástico y asas del mismo material. Ella estaba acompañada por un grupo de chavos.

No le tomaba a la mujer más que un instante sacar de mi bolsa un patrón *Simplicity* que yo emplearía para confeccionar un vestido. En seguida veía a la señora muy concentrada copiando cada parte del patrón, el cual había sido totalmente desplegado sobre una trabe a ras del piso del edificio. La señora, bajita de estatura, vestía ropa comprada en las “pacas” de cualquier tianguis citadino. Mi mayor preocupación era el papel delgadísimo y quebradizo del patrón. Debía ser manipulado con cuidado, pues cualquier airecillo podría hacer volar una o varias piezas que sin duda, podrían perderse en un rincón o ensuciarse de polvo.

El abuso de la mujer me disgustaba pero, al mismo tiempo, me conmovía su desventaja. Comprendía su necesidad extrema de actuar con osadía obligada por la adversidad. Me inquietaba pensar que ella y sus acompañantes podían hacerme algún daño, pues tenían todo el poder de grupo y gran desparpajo para imponer su voluntad. En esta situación de apremio, yo guardaba la mayor compostura de ánimo. Mi única arma era la prudencia ante la amenaza de individuos que se movían con

entera confianza, a sabiendas de que su actuación era ajena a mi experiencia. Súbitamente, el colectivo, perturbador de mi tranquilo caminar se diluyó.

Consumado el asalto la dirigente y los chavos desaparecen, es entonces cuando puedo devolver a mi bolsa de mandado ¿todas? las partes de mi patrón. Ahora tengo que caminar a lo ancho del vestíbulo y, por la escalera de salida alcanzar la calle. El espacio está en penumbra por lo que sólo puedo distinguir con claridad lo más cercano. Lo más cercano es una marejada humana deseosa de abordar el tren. Es un tumulto compacto y silencioso que nunca deja un resquicio por el cual pueda pasar de un lado al otro. Es una masa heterogénea en movimiento constante, una multitud necesitada, decidida a lo que venga. Ahí estoy entre ellos y ellas compartiendo ese instante de sueño.

PESPUNTE.- Durante el asalto soy observadora del abuso de poder que los perpetradores me imponen. Estoy disgustada pero “no pierdo el hilo de la trama” ante la provocación pues mi entereza es mi arma defensiva, además de la prudencia, que me obliga a quedarme quieta y callada. Siento mi seguridad prendida con alfileres. Después de todo en mi mente y, en la colectiva también, priva la atribución de que “los otros son un extremo de nosotros”, expresión de Carlos Mario Perea Restrepo.

Miro y dejo que me miren quienes se han convertido en mis patrones, ella es ahora mi patrona. Mi sujeción es total, aunque pudiera nada haría en su contra; estoy sola, nadie puede defenderme. La mujer me abordó pidiendo ayuda, la necesitada de auxilio soy yo. Resisto la agresión actuando como si yo estuviera de acuerdo con la injusticia depredadora, pandilleril. Me pliego a sus órdenes sin remedio, a la vez que reconozco el común linaje patronal del cual venimos y al cual resisto. La desventaja social de los que me asaltan es equiparable a mi inferioridad individual ante el poder de grupo. La gente arrojada, hecha en la adversidad, sabe qué es ser débil y cómo sacar raja de esta circunstancia ante la falta de ley positiva.

Porque la positividad legal no funciona en esta sociedad los intercambios de favores sostienen de algún modo al tejido social. Es buscado el favor divino, el favor del patrón del negocio donde trabajo, el favor del delegado sindical al que pertenezco, el favor del dueño del departamento donde vivo, el favor del marchante del tianguis donde compro mi verdura, el favor del profesor o de la profesora para que no tome en cuenta mis faltas... se busca así mismo el favor del ladrón, para que no ejerza su desmedida fuerza contra mi *derecho como mujer a una vida sin violencia*. La señora omitió pedir favor de usar mi patrón. Lo sobrepondrá a la tela para confeccionarse una prenda que cubrirá su desnudez. Mas esta desnudez no es física sino afectiva. Un patrón sólo es útil para señalar dónde coser y dónde dejar tejido abierto. Desear algo más del patrón es ilusorio.

Sueño uno